

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 10 de

Octubre de 1889

Preios de suscricion
 Barcelona un trimestre ade-
 lta todo una peseta, fuera de
 Barcelona un año id. 4 pesetas.
 Etranjero y Ultramar un año
 11 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza del Sol 5, bajos,
 y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUBVES

Costos de suscricion
 En Lérida, Mayor 81, 2. de
 Madrid, Valverde 24, principal
 derecha. En Alicante, San
 Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Estudios del natural.—Epistola amistosa.—Suscricion para el monumento Fernandez.—
 Dinero de los pobres.—Pensamientos.

ESTUDIOS DEL NATURAL.

I.

Violeta querida; hace más de veinte años, conocí en Madrid á un don Enrique de Urquijo, jóven de muy buen talante, de fino trato y excelente corazón.

Agradábanle bastante las mujeres, pero, á su decir, había tenido la desgracia de no encontrar una buena. Iba á salir para los Estados-Unidos, donde tal vez sería más afortunado. Establecióse en Filadelfia. Desde dicho punto me escribió algunas cartas rebosando amargura todas: después..... después pasaron años y años, y se borró de mi memoria la simpática figura de mi amigo.

Algunos meses há, estando muy atareada escribiendo como de costumbre, me dijeron que un caballero deseaba verme: hícele pasar y me encontré con un hombre de edad mediana; de figura aristocrática, que me miraba sonriéndose. En la expresión de sus ojos conocí que era un antiguo conocido, porque es muy distinta la mirada de la curiosidad, de la mirada alegre y satisfecha del que nos dice sin hablar: ya ves como no te he olvidado.

—Nos hemos visto hace mucho tiempo, le pregunté, ¿no es verdad....?

—Sí, hace muchos años.

—¿Donde?

—En Madrid, de donde salí para los Estados-Unidos, estableciéndome en Filadelfia.

—¡Ah! ya recuerdo: eres Enrique de Urquijo:—Y mirándole de una manera expresiva, añadí con fraternal ternura: Encontraste, al fin, una mujer buena?

—No, desgraciadamente no la encontré. Y no me abruma el enorme peso de la vida, y soporto con resignación todas sus contrariedades, porque tengo tus mismas ideas. Aunque dejé de escribirte, he seguido tratándote; porque he leído casi todos tus escritos, y al venir á Barcelona por la muerte de mi hermano Andrés, he querido decirte que te quiero más que antes, porque los dos trabajamos para un mismo fin, y en el tiempo que permanezca en la ciudad condal hemos de ponernos de acuerdo tocante á los medios que hemos de emplear para la propaganda de nuestras ideas.

Mucho me alegré de la venida de Enrique, pues nada más grato que encontrar los amigos de la juventud. Dice Marti Folguera que *esto* nunca es bello, sino aque-

llo; y es verdad: no hay tiempo pasado que al recordarlo no nos haga sonreír: si en él gozamos de algunas horas felices, su recuerdo nos rejavenece, y si, por el contrario, tuvimos que llorar á mares, gozamos una especie de triste satisfacción en decir: ¡Cuánto sufrimos entonces!.... Y bien mirado, nada más lógico que amar el pasado, porque es nuestro único patrimonio: las riquezas las puede destruir un naufragio, un incendio, un terremoto, una bancarrota, un cambio político, una de las innumerables desgracias que afligen á la humanidad; pero los hechos pasados, los dolores que se han sufrido, las luchas que hemos sostenido con la adversidad, el trabajo realizado por nuestro espíritu, todo eso subsiste eternamente, es nuestro yo fotografiado en el tiempo. Así es que con la venida de Enrique he retrocedido más de veinte años, y he vuelto á ver en mi imaginación muchos seres amigos que casi tenía olvidados:

Comprendo perfectamente que debo haber perdido muchos siglos, porque mi espíritu es muy viejo; más ¡ay! que no debe haberse ocupado sino en vanos y pueriles devaneos; habré sido de los seres que han *usado* los días, como dice Dumas, y no los han vivido; que no vive el que no progresa y no aprovecha el tiempo. Sin duda, ahora, queriendo recuperar todo el tiempo que he derrochado, no desperdicio ni un segundo para leer en ese gran libro llamado humanidad, del cual Enrique de Urquijo es, para mí, uno de los capítulos no menos interesantes.

Habiéndole oído repetidas veces que no ha encontrado una mujer buena, me propuse estudiarle y descubrir los defectos de su carácter; que, como dice una amiga mía, hay hombres muy buenos, buenísimos, con los cuales sin embargo, es imposible vivir; tienen innumerables defectillos, insignificantes al parecer, pero que forman en torno suyo una atmósfera asfixiante, y con todas sus bondades, se hacen inaguantables.

En el estudio de mi amigo la suerte no ha podido serme mas propicia. Enrique me hizo conocer á su cuñada y á sus sobrinas; he intimado bastante con ellas hasta el punto de pasar algunos días en su agradable compañía, y como él vive con su familia, tengo ocasión, durante algunas horas, de verle en ese trato íntimo, que es cuando el hombre se presenta tal como es, sin ficción alguna, sin la sonrisa que sirve de antifaz á los más profundos dolores, sin el tono festivo que encubre la mas amarga de las ironías.

Desde luego observé que la familia de Enrique, aunque posee grandes virtudes, no son espíritus que hayan inventado la pólvora, como se dice vulgarmente. No se inquietan por saber si es mejor esta religión ó aquella filosofía, y Enrique, que es el reverso de la medalla, vive completamente solo al lado de su cuñada y sobrinas.

La primera se queja de la sequedad de su carácter; las niñas le acusan de poco cariñoso, y yo le compadezco porque le veo viviendo como el pez fuera del agua, como la flor arrancada de su tallo, como avecilla sin alas, como el proscrito que recuerda las torres de su patria, y suspira por los valles que cruzara cuando niño.

Enrique es amantísimo del progreso, desea el adelanto de la mujer, considerándolo como el elemento más poderoso para la civilización universal, y al verse rodeado de seres muy buenos, pero vulgares, que no se ocupan más que de pequeneces y de frivolidades, se repliega en sí mismo como la sensitiva, y se retira á su gabinete, donde lee y medita en las grandezas del infinito.

Cuando se anima es al verse rodeado de algunos amigos que tienen sus mismas ideas. Entonces presta más atención á todo cuanto hace y dice, porque entonces es cuando vive su espíritu, cuando manifiesta lo que siente, lo que piensa y lo que quiere.

II.

Una tarde estuve en su casa en unión de dos familias libre-pensadoras, invitadas también á pasar algunas horas en su compañía.

Nos recibió á todos con la amabilidad melancólica que le caracteriza; su mirada triste y afectuosa se fijaba en sus amigos con dulzura inefable; parecía una flor marchita que se iba reavivando lentamente.

Se habló de todo, del movimiento ascendente racionalista y espiritualista, se lamentaron los horrores del pasado, las vacilaciones del presente y se predijo la aurora sonriente que cubriría de reflejos purpúreos el límpido horizonte del porvenir; y ante el luminoso cuadro del mañana Enrique se transfiguró por completo; se animó su mirada, su voz vibró poderosa, levantó su cabeza rejuvenecida por la esperanza y habló con entusiasmo de la hermosa mujer que él había soñado, noble, casta, pura, humilde, amorosa, reflexiva; y al hablar así, había tal verdad en su acento, tan dulce expresión en sus ojos, coronaba su frente una aureola tan luminosa, que me dije con profunda convicción: Este hombre tendrá razón, no ha podido ser feliz por no haber encontrado una mujer buena, porque de haberla encontrado, la hubiera querido; no hay sequedad en su carácter, no hay adustez en su trato, no; es una alma solitaria, abismada en su profunda soledad: ahora que se ve rodeado de seres que le comprenden, habla expansivamente, sonrío, difunde su ternura, puede decirse, hasta la prodigalidad. Los hechos vinieron á corroborar estos juicios.

Después de la comida cada cual pasó el rato del modo que quiso: los unos discutieron de política, los otros leyeron y comentaron algunos párrafos de periódicos libre-pensadores, y Enrique se retiró á su saloncito, donde á poco le oí hablar cariñosamente.

¿Con quién hablará? me pregunté. Y entrando en la estancia, encontré á Enrique sentado en un sillón teniendo sobre sus rodillas á una de sus sobrinas que contará unos diez años, y hablándole en estos términos:

—Ya sé que dices que no soy cariñoso; ¿sabes por qué no lo soy contigo? porque tu carácter me disgusta y me contraría: eres tiránica y despótica, hasta con tus muñecas: ahora mismo te estaba observando; jugabas y le pegabas al bebé, y al pegarle parecía que me dabas en el corazón, porque la mano de la mujer no se ha de mover más que para acariciar y bendecir. La principal belleza de la mujer consiste en su dulzura, su amabilidad, su inefable ternura, su angelical benevolencia, su humildad sin que nunca descienda á bajeza ó servilismo. Escucha mis consejos, hija mía; yo quiero que seas amada; no basta que te quiera tu madre y que ésta tolere todos tus defectos; es necesario que mañana seas amada de tu marido. Una mujer buena es un ángel en los cielos y en la tierra, y con el carácter que tienes ahora serás la desgracia del hombre que en su ceguedad te ofrezca su nombre y su amor. ¿Seguirás mis consejos? me prometes ser más humilde, más obediente y cariñosa con todos cuantos te rodean? Si así lo haces, yo te querré mucho, porque mi deseo es amar, pero yo no puedo querer al que no es digno de ser querido. ¿Lo harás como te lo ruego?

La niña, como es lógico, dijo que sí, y Enrique la besó en un verdadero arranque de ternura. En su beso, dulce, triste y profundo leí todo un poema de amor paternal; en aquella caricia había toda la vida de un espíritu; era la esencia de una flor que se va marchitando sin haber entreabierto su corola; era la sonrisa de una alma que ha llorado siempre.

Enrique estaba transfigurado: no era el hombre de rostro melancólico que sonrío

para ocultar su íntimo sufrimiento, no; era el alma amorosa y reflexiva derramando los raudales de su cariño y los sabios consejos de su inteligencia.

Cuánta dicha perdida revelaba su frente inclinada hácia el rostro de la niña, que, poco acostumbrada á sus demostraciones de cariño, le miraba con infantil curiosidad!

En aquellos momentos, Enrique no era el mismo hombre; estaba contento, tranquilo, disfrutaba de un goce por el cual ha suspirado toda su vida, la paz del hogar y el amor de los niños.

¡Que padre tan bueno hubiera sido! ¡qué educación tan evangélica, qué moral tan práctica hubiera inculcado á sus hijos!....

Aquella misma tarde, hablando una de sus sobrinas, jóven de veinte años, decía refiriéndose á unas amigas suyas: Yo no sé como Tula puede tener quien la quiera: bien es verdad que su adorador es un ente tan raquítico y tan ridículo como ella: mañana iré para reirme un rato á costa de los dos.

Enrique, que al parecer estaba distraído, se volvió rápidamente y le dijo:

—No vayas á ninguna parte con el propósito de reirte de nadie.

Esos dos seres que tú encuentras tan despreciables y tan risibles, quizá tengan un alma mucho más noble que la tuya, puesto que saben amar. Un alma sensible es digna de respeto y de cariño, aunque se manifieste en el mundo con un cuerpo deforme y una inteligencia limitadísima. ¡Si vieras cuán poco se ama en el mundo, hija mia!.... Y no hay felicidad en la tierra sin el amor, sin la correspondencia cariñosa de dos espíritus. ¡Oh! si yo hubiera encontrado á mi paso una mujer amorosa y digna de ser amada, este planeta me hubiera parecido un paraíso.

II.

He aquí un misterio, Violeta mía, que solo la preexistencia del alma puede explicarme: sin la preexistencia, yo dudaría de la justicia de Dios al ver semejantes anomalías.

Conozco á muchos hombres que son la desgracia de sus familias, y á no pocas mujeres que son el tormento de las suyas; mientras que hombres dignos, capaces de derramar por el amor la felicidad en torno suyo, viven como plantas exóticas, sin aclimatarse en parte alguna.

¿No es esto una injusticia? ¿no es esto un verdadero contrasentido?.... ¡Ah! sí; si el hombre no tuviera un ayer y un mañana, sería verdaderamente una monstruosidad la formación de la mayoría de las familias y el aislamiento en que viven esas almas solitarias capaces de sentir y de inspirar el amor: más igncradas que las flores de los bosques, se consumen lentamente, nadie aspira su fragancia, y mueren sin que nadie se haya apercibido de su vida.

¡Ay! Violeta mía! ¡cuán necesario es para vivir creer en un más allá! Dices que tú y yo no somos libre-pensadoras porque no negamos la Causa de todos los efectos: yo renegaría de la libertad del pensamiento, si esta me hiciera esclava de la nada.

Yo quiero leer como leo en el corazón humano; quiero estudiar como estudio en almas enfermas y solitarias como la de Enrique, preguntando á sus reminiscencias, á sus ambiciones, á lo que constituye la esencia de su sér..... ¿de dónde vienes? ¿qué páginas has escrito en la historia del mundo? ¿qué sueños acaricia tu mente? ¿qué anhelas para el porvenir? Y un algo inexplicable, pero comprensible para mi alma, me levanta una punta del velo que cubre lo pasado, y veo clara y patente la eterna justicia de Dios; veo que el amor no es un mito, y voy encontrando almas impregnadas de ese fluido divino. La de Enrique de Urquijo es una de ellas. Si tu

pudieras comprender, Violeta, cuánto se regocija mi espíritu al encontrarlas...! y bien mirado debes comprenderlo, puesto que con delicadeza suma me hablastes del amor.

¡Oh! sí, tú me comprendes! si así no fuera, no te contaría yo mis impresiones, pues mi espíritu muy avaro del tiempo, no está dispuesto á perder ni un segundo en vanas manifestaciones.

¿No es verdad que consuela encontrar almas grandes?

¿No es verdad que se mira al porvenir con menos temor cuando se halla espíritus en los cuales domina el sentimiento?

Nada me entristece tanto como la manifestación de la ruindad de un alma: entonces todo se envuelve en sombras para mí. En cambio, cuando veo fulgurar la luz del sentimiento y contemplo escenas dulces y conmovedoras, mi alma, sedienta de verdad y de amor, calma su sed, sonríe tranquila y murmura dulcemente: Por esta vez no me han amado en la tierra; pero el amor existe, y existiendo ese manantial inagotable, algún día podré humedecer en él mis lábios y refrigerar mi espíritu.

Amalia Domingo Soler.

EPÍSTOLA AMISTOSA.

Aurora querida: En el instante en que doy principio á la presente, la luna, esa *antorcha de las ruinas*, como la ha llamado Madama Stael, llora raudales de luz al verse abandonada en las soledades del espacio, y, llevando indeleblemente impresa en su plateada faz la amarga melancolía que le dejaron con sus besos las almas huérfanas de amor, camina sola y triste por las sendas azules del firmamento, como buscando un regazo cariñoso donde reclinar su nacarada frente.

No sé por qué al contemplar esa luna tan pálida, tan triste y tan hermosa, mi pensamiento se fija en los recuerdos del pasado. ¡Ah! es que allí encuentra palpitante la imagen de la felicidad! ¡Allá encuentra un magnífico ideal que quizá hubiera podido engarzarse en la realidad más encantadora!... Mas necesariamente vuelve el presente, y tras estas imágenes tan halagüeñas torna á encontrar de nuevo ese monstruo de mil garras á quien llaman *Dolor*, ese monstruo cuyo emponzoñado aliento se introduce en las alegrías y las envenena, se filtra en el sentimiento y lo acibara, agota la ilusión y la marchita, envuelve al corazón y le asfixia.

Tú, amiga querida, sabes que hay *algo* que todo lo domina, *algo* que participa de la calma y de la tormenta, del huracán y del céfiro, de la lágrima y de la sonrisa, de la osadía y de la timidez: *algo* que es la gran felicidad de dos seres, el reflejo sobre la tierra de ese lugar de delicias que la imaginación de los sacerdotes católicos adorna con todas las bellezas que ellos son capaces de comprender; sí, tú sabes todo esto, amiga mía, pero ignoras aún que esa gran felicidad se convierte en la desgracia suprema cuando la muerte separa esos dos seres, ó cuando existen contrariedades que dificulten una unión legítima, porque ese *algo*, cuando es de raza pura, es altivo, señador, poético, no transige con nada de lo que el mundo y la moral reprueban. Tú, aun no has visto de cerca cómo se desgarran los corazones, en tanto que los lábios sonríen; y... en fin, amiga querida, yo te quiero lo bastante para desear que siempre te mantengas en el mundo como expectador, que transcurra mucho tiempo antes de que descendas á pisar el palen-

que donde batallan las humanas pasiones, y que si posible fuera, no conocieras nunca esas luchas heroicas, gigantes, desesperadas.

Mas, basta por hoy; perdona estas divagaciones de mi espíritu, estas expansiones de mi corazón, y pasemos á tratar del verdadero objeto de estas líneas.

Me preguntas si es cierto que solo en la Iglesia puede encontrarse á Dios; pues bien, te diré lo que opino sobre el particular. Creo que á Dios se le encuentra en cualquier parte antes que en la iglesia. Me explicaré.

En el horizonte espléndido y hermoso, con su azul de limpia transparencia, en los millares de pajarillos que cruzan el espacio piando alegremente, en las pintadas mariposillas que van buscando las más hermosas flores para formar blando lecho en sus finos y puros pétalos: en todo esto encuentro á Dios. En los frondosos y gigantes árboles que nos prestan su sombra; en las variadas flores que perfuman la atmósfera; en el céfiro apacible y rumoroso; en todo esto encuentro á Dios. En los bulliciosos y juguetones arroyuelos: en los anchos y caudalosos ríos de arrolladora corriente; en el mar imponente y majestuoso: en todo esto encuentro á Dios. Pero en el fausto que amontonan en la iglesia; en los sermones de los oradores *sagrados* que pronuncian mucho la palabra «Dios», pero que de todo menos de Dios se ocupan; en el rumor monótono y pesado de las oraciones repetidas mil veces; en las no menos pesadas y aburridas narraciones de milagros (dicen ellos,) casualidades algunas veces y muchas, combinaciones de la astucia y la ambicion, que siempre esta ideando algo que lleve á su poder el dinero del prójimo, digo yo, que muchos de esos casos sé que no tienen absolutamente nada de milagrosos ni casuales; en ese *más allá* que nos ofrecen al tanto por ciento, como los usureros, en todo esto escuento al mundo, no á Dios. El Dios que tiene por templo el Universo, por altares los corazones de sus criaturas, por oraciones nuestra eterna admiracion y gratitud, es un sér harto sublime para que pueda encontrarse en esos lugares donde impera el interés, el engaño, todo lo vulgar que puede encerrarse en el mundo. El Dios que en la iglesia nos presentan no es Dios; no puede ser Dios un ser raquítrico, voluble, antojadizo, que perdona á sus ofensores á condición de que cedan en beneficio de sus ministros los bienes que adquirieron á costa de infinitas penalidades y trabajos, no puede ser Dios quien permite que en su nombre se cometan las más grandes y bárbaras iniquidades. ¡No, mil veces no! El Dios de la iglesia no es Dios, sino una creacion fantástica forjada en la imaginacion de seres vengativos, interesados y rencorosos.

Buscad el Dios bondadoso y sublime en la iglesia es un absurdo; querer llegar á comprender qué cosa es Dios dejándose guiar por los sacerdotes católicos, una torpeza. Ellos—dice en el libro *La religion al alcance de todos*—guían, es cierto, por el canal del verdadero Dios, pero hacen desembocar las barquillas. «Sentimiento religioso,» y ¡oh fé ciega! en el mar tempestuoso de la supersticion, lleno de los mil escollos de sus incomprensibles misterios, y en el que temiendo los espíritus débiles que van á naufragar y á ser devorados por los mónstruos imaginarios del infierno y los demonios, no encuentran mas solución que apelar al auxilio de los pilotos sus sacerdotes, en cuyo poder se entregan.»

«En la religion verdadera—continua el mismo libro—también nosotros nos embarcamos, pero nuestra barquilla se llama «La Razón;» también nosotros la dirigimos por el canal que los sacerdotes católicos: por el del Dios verdadero; pero no desembocamos en el mar de la superstición, sino en el río de aguas puras y cristalinas de La Verdad, en el que, dejándonos llevar por las corrientes del estudio y la reflexion, vamos descubriendo los nuevos paisajes de nuevos conocimientos que nos aproximan más y mas al Bien, lugar sagrado donde mora la tranquilidad

y se desconoce el remordimiento, patria querida á cuya vista sentimos, como sentía Anteo al pisar la tierra africana, renacer nuestras fuerzas y nuestro valor.»

Ya vez, amiga querida, como no es sólo en la iglesia es donde se encuentra á Dios, sino que es en la iglesia donde menos puede encontrarse. ¿Quiéres buscarle con acierto?... «*La duda es fe,*» dijo Lacordaire en el púlpito de Nuestra Señora de Paris. Pues bien, duda siempre, no te embarques nunca en la barquilla «*Fé ciega,*» ni mucho menos tengas la debilidad de confiar en los auxilios que te ofrezcan sus no torpes, sino mal intencionados pilotos, á quien creo podemos comparar á las sirenas. Asi como ellas matan á los que ceden al encanto de su melodía, tristemente famosa, así el auxilio de esos pilotos causa la pérdida de todo el que cede á su fingida bondad y arrojo. No, no quieras jamás ni su auxilio ni su proteccion, y mucho menos si te la ofrecen la aceptes sin dudar é indagar el motivo que les mueve á ofrecértela; la proteccion de esos hipócritas que pretenden adorar á Dios rebajando las primerosas creaciones de la Naturaleza, es decir, de Dios mismo, esa proteccion no te proporcionaría más que una vida de amarguras y remordimientos en el seno de la más dura y degradante esclavitud. Huye, huye siempre de esos seres egoistas que quieren mantener al mundo en perpétua ignorancia; dedica algunas horas de estudio á esa nunca bastante bien admirada Naturaleza que ellos casi desprecian, y hallarás al verdadero Dios; mucho mas en ese hermoso pais de Andalucía, en que todo es risueño como su cielo, todo poético como su historia.

Termino, porque la luz que arde sobre la mesa oscila próxima á espirar, arrojando sus últimos destellos, que en círculos ya luminosos, ya sombríos, se proyectan temblando sobre las paredes de mi dormitorio: la luna parece que se detiene en las blancas celosías de una nube para dirigir al sol naciente su triste y última mirada, y yo, en la creencia de haber dado, como mejor he podido, cumplida respuesta á tu ingénua pregunta, voy á entregarme por algunas horas en brazos del Dios del sueño, que hace unos instantes se muestra bastante impertinente nublando mis ideas y paralizando mis sentidos. Adiós, pues.

Tu amiga siempre.

ESPERANZA PEREZ.

Suscripcion para el Monumento á Fernandez.

Suma anterior 974 peseta. De Refugio I, Gonzalez de Méjico 50 pesetas, de Pedro García 5 id., de Carlos Aulet 1 id., de Regina Goyanes 2 id., de José M.^a Borrás 2 id., de un neófito 1 id., de F. R. de Sans 1 id. y 25 céntimos, de Simplicia Arstromg 5 pesetas de Francisco Simonet 10 id., de Manuel Moyo 1 id., de Pablo García 1 id. y 50 céntimos, total 1.050 pesetas 75 céntimos.

DINERO DE LOS POBRES.

En el número 11, de «*LA LUZ*» dijimos que nada quedaba en la caja de los pobres, y desde aquella fecha 1.^o de Agosto, hemos recibido las cantidades siguientes:

De Enriqueta 5 pesetas, de San Feliu 10 id., para los pobres y 5 para *las ancianas* de Andujar, de Lorenza 10 id., de una señora 2 id., de un hombre 2 id. y

50 céntimos, de Beatriz 2 id., del ángel Araceli 2 id., para la Sociedad protectora de los niños, de un padre de familia 4 id., de Almonacid de la Sierra 4 id., 50 céntimos, de Pedro 14 pesetas, de Carlos 8 id., de Teresa 10 id., de Gracia 4 id., de un militar 10 id., de Bilbao 3 id., de una mujer 50 céntimos, de un emigrado 50 id., de Morata de Tajuña 2 pesetas, de Juan Canter 15 id., de Madrid 1 id., de Emilia 1 id., de Carlos Aulet 1 id., de Manuel Blanco 5 id., de Doroteo Payá 2 id., 50 céntimos, de un desconocido 1 id., de F. R. de Sans 1 id., 25 céntimos, de una desconocida 50 id., de Felix una peseta, de J. F. 1 id., 50 céntimos, para *las ancianas* de Andujar, de Francisco Simonet 20 pesetas, de Guillermo 1 id., de *un amigo de la humanidad* 45 pesetas, para *la ancianas* de Andujar, y 5 id., para los pobres. Total, 190 pesetas 75 céntimos, que han sido distribuidas del modo siguiente:

A una familia de pobres vergonzantes 25 pesetas, á una familia obrera 9 id., á un obrero enfermo de convulsiones 22 id., 50 céntimos, á una viuda con dos hijos 30 id., 50 céntimos. A la viuda de un suicida con tres hijos 40 pesetas, á una obrera 4 id., á una niña ciega 2 id., á una familia pobre 8 id., 25 céntimos, á la Presidenta de *la Sociedad protectora de los niños* 2 id., á una anciana mendiga 1 id., á las ancianas de Andujar 46 id., 50 céntimos.

¡Nada queda en la Caja de los pobres.....

PENSAMIENTOS.

Solamente el hombre vive, de la luz de su conciencia.

Las verdades son como la luz, que alientan é iluminan.

Para rasgar los velos de los cielos, no se necesita del arte, sino del sentimiento.

El bien es Dios, la hipocresía es el espíritu en su grado máximo de ignorancia.

Los pueblos que levantan templos, levantan las sepulturas del libre-pensamiento.

¡Amaos! ... he ahí el Credo de la verdadera religion.

¡Qué pobre es el espíritu que se humilla! ¡qué grande cuando se irradia!

LO QUE PUEDE LA IGNORANCIA.

La frase de Catón, que decia que no sabía cómo dos augures podian mirarse sin reirse, se ha hecho célebre porqué pinta la socarronería de los que se investian con funciones sacerdotales y la candidez é inocencia de los que creian en ellos.

Catón trabajó mucho en Roma por combatir las preocupaciones; un dia se encontró en la calle á uno de sus amigos muy triste y preocupado.

—¿Que os pasa? le preguntó.

—No lo se todavía; pero ha de ser algo desagradable. Esta mañana, cuando me he despertado, lo primero que he visto ha sido un ratón royéndome el zapato.

—Tranquilizaos, que eso no quiere decir nada; lo extraordinario hubiera sido que hubierais visto al zapato royendo al ratón.

Anníbal aconsejaba á Antioco que presentase batalla á los romanos.

—No me atrevo, respondió el rey; he consultado las entrañas de las víctimas y no son favorables.

—Y qué, le dijo Anníbal, ¿os dirán más las entrañas de un buey que el parecer razonado de un antiguo general?